



Nuevo Derecho

ISSN: 2011-4540

nuevo.derecho@iue.edu.co

Institución Universitaria de Envigado  
Colombia

López López, Andrés Felipe  
Ciclos de la violencia en Colombia  
Nuevo Derecho, vol. 11, núm. 16, enero-junio, 2015, pp. 37-55  
Institución Universitaria de Envigado

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=669770727003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# Ciclos de la violencia en Colombia\*

Andrés Felipe López López\*\*

**Resumen:** La mala *praxis* política que ha tenido lugar en Colombia ha derivado en una guerra sin fin, con múltiples caras. Este artículo compone una serie de argumentos basados en hechos con los que pueden ser identificados tres ciclos históricos, a través de los cuales se puede comprender la emergencia y el desarrollo de la violencia, haciendo énfasis en el conflicto armado y en los escenarios de la misma.

**Palabras clave:** Colombia, violencia, bipartidismo, guerrillas, historia.

## Cycles of violence in Colombia

**Abstract:** The bad political practice that took place in Colombia has resulted in an endless war with multiple faces. This article made a series of arguments based on facts with which they can be identified three historical cycles, through which one can understand the emergence and development of violence, emphasizing the armed conflict and on the stages of violence.

**Key Words:** Colombia, violence, bipartisanship, partisan warfare, history.

## Introducción

La historia de nuestros días se completa en cada presente, que si bien está cargado con todo el peso de un mal pasado, lleva dentro de él el germen del futuro. Nuestra tarea consiste en poner en marcha una mejor historia, para que nuestros hijos y su descendencia propia puedan contar mejores cosas. No se escribe aquí un estado del arte sobre el fenómeno político en Colombia, es imposible en un solo texto de poca extensión como este, sino que se esgrimen una serie de tesis y hechos que hacen comprensible el estado de conflicto permanente, desde su emergencia hasta nuestros días, en la forma de ciclos o extensiones temporales. Dichas

tesis y hechos llevan a la siguiente conclusión: que somos nosotros mismos la condición de posibilidad de las cosas que hemos vivido. En la base de la violencia sistemática, de la残酷, de la injusticia, estamos los sujetos que, mediante actos, las hemos llevado a cabo, las hemos hecho realidades.

Advierto que la formación del suscrito autor de este artículo no es en estricto sentido solo la de historiador o experto en ciencia política, en esa medida la narrativa que a continuación se encuentra toma, en varias ocasiones, el tenor propio de la literatura, de la metáfora, en tanto que esta nos ayuda a comprender más allá del contenido estadís-

\* Artículo resultado de la investigación “Historia y crítica del fenómeno económico y político en Colombia”, código del proyecto 951-12.01-099, vinculado al Grupo “Laboratorio Internacional Universitario de Estudios Sociales y Organizacionales” [en proceso de cambio de nombre a “Casos y Estudios Organizacionales (CEO)”] de la Universidad de San Buenaventura, Medellín, Colombia.

\*\* Filósofo, Magíster en Filosofía con énfasis en investigación y Doctor en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor de la Universidad de San Buenaventura y de la Universidad Pontificia Bolivariana. Investigador de los grupos “Epimeleia” y “Laboratorio Internacional Universitario de Estudios Sociales y Organizacionales” [en proceso de cambio de nombre a “Casos y Estudios Organizacionales (CEO)”]. andres.lopez@usbmed.edu.co.

tico y del dato histórico, y nos transporta a la lectura de nuestra historia de una manera estética. Y si bien el trabajo que se encuentra el lector ante sus ojos es resultado de un proceso de investigación hecho dentro del marco propio que exige la academia en la universidad, hay líneas de este texto que se elevan a la tipología escrita del ensayo, que la define, a esta última, más que la extensión, la actitud reflexiva de quien lo escribe en la ampliación de la esfera de comprensión de uno o varios tópicos tematizados.

## Los periplos del mal

Sólo cuando hay memoria los mentirosos tienen menos oportunidades

Juan Carlos Monedero

El denominado *periodo de violencia*, comprendido entre los años 1946 y 1958, que dejó un saldo de 300.000 personas muertas, es un proceso de inexcusable estudio para acceder a la comprensión del fenómeno económico y político en el resto del siglo XX<sup>1</sup>. En él entran la confrontación bipartidista por el poder estatal, la acumulación injusta de tierra y riqueza, las características propias de terror y demencia por regiones, las formas de resistencia a la represión del Estado, etc. A uno u otro fenómeno corresponden las lecturas al periodo que determinan por supuesto la producción bibliográfica sobre el mismo.

Empero, lo más recordado no en los libros sino en la memoria de los que padecieron

o vieron a la distancia los hechos, hoy día ancianos que conversan con ocasión de un juego de cartas o de dominó o tomando un café, son los actos de terror perpetrados por funcionarios oficiales que hacían parte de una u otra secta *partidista*, entre los que se pueden contar el homicidio, la tortura, vejaciones sexuales, mutilación, la falta de respeto por cuerpos ya muertos en los que se llevaban a cabo manipulaciones, prender fuego a propiedades y vidas, el exilio de campesinos y la venta obligada de tierras a terratenientes –para 1957 se habían abandonado por coacción política, solo en el departamento del Tolima, 34.730 fincas–, entre otros actos.

Tales hechos tuvieron también la siguiente motivación: la imposición ideológica de dos puntos de vista a la población. Sin dejar de mencionar que las instituciones oficiales de seguridad se convirtieron en funcionarios del paredón, puesto que en las conocidas operaciones de pacificación se ejecutaron centenares de personas. Esta historia es mucho más antigua si se recuerda que el liberal y el conservador son bandos emergidos entre los años 1848 y 1849, y que sus diferencias han sido definidas, en el mayor de los casos, además de las contemporáneas campañas de des prestigio, a través del fuego, el metal y la sangre.

A uno lo pueden llamar exagerado cuando textos del tipo que ahora lee son redactados, pero evoco las palabras de José Saramago

1 El tema está ampliamente descrito en varias obras, de las cuales pueden mencionarse estas –sin seguir cronología de publicación o algún orden de importancia: de Torres Restrepo (1982), *La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas*; de Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna (2005), *La Violencia en Colombia*; Sánchez (2003), *Guerra, memoria e historia*, Sánchez y Meertens (1983), *Bandoleros, gamonales y campesinos*; Melo (1996), editor de *Colombia hoy*; Molano (1980), *Amnistía y violencia*; Arocha (1979), *La violencia en Monteverde, Quindío*; Oquist (1978), *Violencia, conflicto y política en Colombia*; González, Bolívar y Vásquez (2001), editores de *Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*; Rodríguez (2008), *Los Vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946-1953)*; Henderson (1984), *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en Metrópoli y Provincia*; de Palacios (2003), *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1995*; Castro Lee (2005), editora de *En torno a la violencia en Colombia una propuesta interdisciplinaria*; *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos* (seis veces editado en 1992, 1998, 2003, 2005, 2008, 2009) de Zuleta (2005), y muchos más.

go en una entrevista hecha por Jara (2001): "Yo no soy pesimista. Mire usted al mundo y dígame cómo lo ve... los hechos son los hechos". Para nuestro caso –estimado lector–, el hecho es que durante el siglo XIX hasta principios del XX en el país se sufrieron nueve guerras civiles, la última, la de los Mil Días, llamada así por su extensión de tiempo, resignó a la nación a un estado grave de pobreza y con una cifra de más o menos 100.000 muertos. Luego, con el viraje de supremacía en 1930 –a lo que comúnmente se le denomina como la *república liberal*, que va hasta 1946– aparecen otros brotes violentos en departamentos como Santander y Boyacá, al nororiente del país. Estos son los antecedentes de la etapa que mencioné más arriba, la de 1946 a 1958.

Sánchez (1989) explica en su capítulo "La Violencia: de Rojas al Frente Nacional", en el segundo tomo del trabajo dirigido por Álvaro Tirado Mejía, *Nueva Historia de Colombia* que, aunque las autodefensas comunistas aparecen entre el 49 y el 53 –del periodo en tema– el conflicto no deja de ser por ello esencialmente bipartidista, agudizándose cuando de nuevo los conservadores recuperan el poder en 1946. El autor señala –y es de vital importancia– que la violencia presenta en esta época una suerte de desdoblamiento en tanto que, por un lado, se encuentra –al estilo de las confrontaciones decimonónicas– la pelea entre ambos partidos, y por el otro, en buena medida por la desatención derivada de dicho conflicto, una guerra campesina, que es en gran parte consecuencia de los fracasos agrarios en orden a la ejecución de una reforma agraria que resolviera los problemas del campo, ya reclamada desde la década de los años 20.

Previo al 49, el inalienable hecho histórico de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán había en efecto agudizado hasta su más alto cenit el enfrentamiento, que no se verá diezmado sino hasta 1957, cuando se inician las ges-

tiones para la conformación del Frente Nacional como repartición bipolar del poder, con el que se llega a una mentirosa y relativa calma, y con el que los hombres de este pueblo son obligados a aceptar un carácter excluyente en política.

Debe anotarse, a la par, que tal confrontación por el poder en la década de los cuarenta tiene un sentido que en no pocas ocasiones no es bien atendido, es el de que hasta esa década las facciones tenían una motivación más para no perder el mando, puesto que el control del Estado se traducía a su vez, dadas las reorganizaciones constitucionales y legales del mismo, en poderes de manejo económico. Me permito transcribir en extenso apartes de la maravillosa narración que hizo García Márquez (2014) en su *Vivir para contarla*, del ambiente en abril de 1948, no solo con la idea de hacer recuento, sino que nótese –y lo resaltaré con cursivas que pongo al texto de Gabo– la comprensión implícita que hay de nuestra sociedad en dichas líneas, por medio de la descripción psicológica que hace el autor de los estados de conciencia de las personas que en el relato entran, que son *fenómeno* del todo de un país:

Creo que entonces no éramos todavía conscientes de las terribles tensiones políticas que empezaban a perturbar el país. A pesar del prestigio de conservador moderado con que llegó Ospina Pérez al poder, la mayoría de su partido sabía que la victoria sólo había sido posible por la división de los liberales. Éstos, aturdidos por el golpe, le reprochaban a Alberto Lleras la imparcialidad suicida que hizo posible la derrota. El doctor Gabriel Turbay, más abrumado por su genio depresivo que por los votos adversos, se fue a Europa sin rumbo ni sentido, con el pretexto de una alta especialización en cardiología, y murió solo y vencido por el asma de la derrota al cabo de año y medio entre las flores de papel y los gobelinos marchitos del hotel Place Athénée de París. Jorge Eliécer Gaitán, en cambio, no interrumpió ni un día su campaña electoral para el periodo siguiente, sino que la radicalizó a fondo con un programa de restauración moral de la República que rebasó la división histórica del país entre liberales y conservadores, y la profundizó con un corte horizontal y más

realista entre explotadores y explotados: el país político y el país nacional. Con su grito histórico –“¡A la carga!”– y su energía sobrenatural, esparció la semilla de la resistencia aun en los últimos rincones con una gigantesca campaña de agitación que fue ganando terreno en menos de un año, hasta llegar a las vísperas de una auténtica revolución social.

Sólo así tomamos conciencia de que el país empeataba a desbarrancarse en el precipicio de la misma guerra civil que nos quedó desde la independencia de España, y alcanzaba ya a los bisnietos de los protagonistas originales. El Partido Conservador, que había recuperado la presidencia por la división liberal después de cuatro períodos consecutivos, estaba decidido por cualquier medio a no perderla de nuevo. Para lograrlo, el gobierno de Ospina Pérez adelantaba una política de tierra arrasada que ensangrentó el país hasta la vida cotidiana dentro de los hogares.

Con mi inconsciencia política y desde mis nubes literarias no había vislumbrado siquiera aquella realidad evidente hasta una noche en que regresaba a la pensión y me encontré con el fantasma de mi conciencia. La ciudad desierta, azotada por el viento glacial que soplaban por las troneras de los cerros, estaba copada por la voz metálica y el deliberado énfasis arrabalero de Jorge Eliécer Gaitán en su discurso de rigor de cada viernes en el teatro Municipal. La capacidad del recinto no era para más de mil personas enlatadas, pero el discurso se propagaba en ondas concéntricas, primero por los altavoces en las calles adyacentes y después por las radios a todo volumen que resonaban como latigazos en el ámbito de la ciudad atónita, y desbordaban por tres y hasta por cuatro horas la audiencia nacional.

Aquella noche tuve la impresión de ser el único en las calles, salvo en la esquina crucial del periódico *El Tiempo*, protegida como todos los viernes por un pelotón de policías armados como para la guerra. Fue una revelación para mí, que me había permitido la arrogancia de no creer en Gaitán, y aquella noche comprendí de golpe que había rebasado el país español y estaba inventando una lengua franca para todos, no tanto por lo que decían las palabras como por la conmoción y las astucias de la voz. Él mismo, en sus discursos épicos, aconsejaba a sus oyentes en un malicioso tono paternal que regresaran en paz a sus casas, y ellos lo traducían al derecho como la orden cifrada de expresar su repudio contra todo lo que representaban las desigualdades sociales y el poder de un gobierno brutal. Hasta los mismos policías que debían guardar el orden quedaban motivados por una advertencia que interpretaban al revés. El tema del discurso de aquella noche era un recuento descarnado de los estragos por la violencia oficial en su política de tierra arrasada para destruir la oposición liberal, con un número todavía incalcu-

lable de muertos por la fuerza pública en las áreas rurales, y poblaciones enteras de refugiados sin techo ni pan en las ciudades. Al cabo de una enumeración pavorosa de asesinatos y atropellos, Gaitán empezó a subir la voz, a regodearse palabra por palabra, frase por frase, en un prodigo de retórica efectista y certera. La tensión del público aumentaba al compás de su voz, hasta una explosión final que estalló en el ámbito de la ciudad y retumbó por la radio en los rincones más remotos del país.

La muchedumbre enardecida se echó a la calle en una batalla campal incruenta, ante la tolerancia secreta de la policía. Creo que fue aquella noche cuando entendí por fin las frustraciones del abuelo y los lúcidos análisis de Camilo Torres Restrepo. Me sorprendía que en la Universidad Nacional los estudiantes siguieran siendo liberales y godos, con nudos comunistas, pero la brecha que Gaitán estaba excavando en el país no se sentía pasar por allí [...] Pocos días después –el 7 de febrero de 1948– hizo Gaitán el primer acto político al que asistí en mi vida: un desfile de duelo por las incontables víctimas de la violencia oficial en el país, con más de sesenta mil mujeres y hombres de luto cerrado, con las banderas rojas del partido y las banderas negras del duelo liberal. Su consigna era una sola: el silencio absoluto. Y se cumplió con un dramatismo inconcebible, hasta en los balcones de residencias y oficinas que nos habían visto pasar en las once cuadras atiborradas de la avenida principal. Una señora murmuraba a mi lado una oración entre dientes. Un hombre junto a ella la miró sorprendido: –Señora, por favor! Ella emitió un gemido de perdón y se sumergió en el piélago de fantasmas. Sin embargo, lo que me arrastró al borde de las lágrimas fue la cautela de los pasos y la respiración de la muchedumbre en el silencio sobrenatural. Yo había acudido sin ninguna convicción política, atraído por la curiosidad del silencio, y de pronto me sorprendió el nudo del llanto en la garganta. El discurso de Gaitán en la plaza de Bolívar, desde el balcón de la contraloría municipal, fue una oración fúnebre de una carga emocional sobrecogedora. Contra los pronósticos siniestros de su propio partido, culminó con la condición más azarosa de la consigna: no hubo un solo aplauso.

Así fue la “marcha del silencio”, la más emocionante de cuantas se han hecho en Colombia. La impresión que quedó de aquella tarde histórica, entre partidarios y enemigos, fue que la elección de Gaitán era imparable. También los conservadores lo sabían, por el grado de contaminación que había logrado la violencia en todo el país, por la ferocidad de la policía del régimen contra el liberalismo desarmado y por la política de tierra arrasada. La expresión más tenebrosa del estado de ánimo del país la vivieron

aquel fin de semana los asistentes a la corrida de toros en la plaza de Bogotá, donde las graderías se lanzaron al ruedo indignadas por la mansedumbre del toro y la impotencia del torero para acabar de matarlo. La muchedumbre enardecida descuartizó vivo al toro. Numerosos periodistas y escritores que vivieron aquel horror o lo conocieron de oídas, lo interpretaron como el síntoma más aterrador de la rabia brutal que estaba padeciendo el país.

En aquel clima de alta tensión se inauguró en Bogotá la Novena Conferencia Panamericana, el 30 de marzo a las cuatro y media de la tarde. La ciudad había sido remozada a un costo descomunal, con la estética pomposa del canciller Laureano Gómez, que en virtud de su cargo era el presidente de la conferencia. Asistían los cancilleres de todos los países de América Latina y personalidades del momento. Los políticos colombianos más eminentes fueron invitados de honor, con la única y significativa excepción de Jorge Eliécer Gaitán, eliminado sin duda por el veto muy significativo de Laureano Gómez, y tal vez por el de algunos dirigentes liberales que lo detestaban por sus ataques a la oligarquía común de ambos partidos. La estrella polar de la conferencia era el general George Marshall, delegado de los Estados Unidos y héroe mayor de la reciente guerra mundial, y con el resplandor deslumbrante de un artista de cine por dirigir la reconstrucción de una Europa aniquilada por la contienda.

Sin embargo, el viernes 9 de abril Jorge Eliécer Gaitán era el hombre del día en las noticias, por lograr la absolución del teniente Jesús María Cortés Poveda, acusado de dar muerte al periodista Eudoro Galarza Ossa. Había llegado muy eufórico a su oficina de abogado, en el cruce populoso de la carrera Séptima con la avenida Jiménez de Quesada, poco antes de las ocho de la mañana, a pesar de que había estado en el juicio hasta la madrugada. Tenía varias citas para las horas siguientes, pero aceptó de inmediato cuando Plinio Mendoza Neira lo invitó a almorzar, poco antes de la una, con seis amigos personales y políticos que habían ido a su oficina para felicitarlo por la victoria judicial que los periódicos no habían alcanzado a publicar. Entre ellos, su médico personal, Pedro Eliseo Cruz, que además era miembro de su corte política.

En ese ámbito intenso me senté a almorzar en el comedor de la pensión donde vivía, a menos de tres cuadras. No me habían servido la sopa cuando Wilfrido Mathieu se me plantó espantado frente a la mesa. –Se jodió este país –me dijo–. Acaban de matar a Gaitán frente a El Gato Negro (...) Apenas sí tuve alientos para atravesar volando la avenida Jiménez de Quesada y llegar sin aire frente al café El Gato Negro, casi en la esquina con la carrera Séptima. Acababan de llevarse al herido a la Clí-

nica Central, a unas cuatro cuadras de allí, todavía con vida pero sin esperanzas. Un grupo de hombres empapaban sus pañuelos en el charco de sangre caliente para guardarlos como reliquias históricas. Una mujer de pañolón negro y alpargatas, de las muchas que vendían baratijas en aquel lugar, gruñó con el pañuelo ensangrentado: –Hijos de puta, me lo mataron.

Las cuadrillas de limpiabotas armados con sus cajas de madera trataban de derribar a golpes las cortinas metálicas de la farmacia Granada, donde los escasos policías de guardia habían encerrado al agresor para protegerlo de las turbas enardeciditas. Un hombre alto y muy dueño de sí, con un traje gris impecable como para una boda, las incitaba con gritos bien calculados. Y tan efectivos, además, que el propietario de la farmacia subió las cortinas de acero por el temor de que la incendiaran. El agresor, aferrado a un agente de la policía, sucumbió al pánico ante los grupos enardecedidos que se precipitaron contra él.

–Agente –suplicó casi sin voz–, no deje que me maten. Nunca podré olvidarlo. Tenía el cabello revuelto, una barba de dos días y una lividez de muerto con los ojos sobresaltados por el terror. Llevaba un vestido de paño marrón muy usado con rayas verticales y las solapas rotas por los primeros tirones de las turbas. Fue una aparición instantánea y eterna, porque los limpiabotas se lo arrebataron a los guardias a golpes de cajón y lo remataron a patadas. En el primer revolcón había perdido un zapato.

–¡A palacio! –ordenó a gritos el hombre de gris que nunca fue identificado– ¡A palacio! Los más exaltados obedecieron. Agarraron por los tobillos el cuerpo ensangrentado y lo arrastraron por la carrera Séptima hacia la plaza de Bolívar, entre los últimos tranvías eléctricos atascados por la noticia, vociferando denuestos de guerra contra el gobierno. Desde las aceras y los balcones los atizaban con gritos y aplausos, y el cadáver desfigurado a golpes iba dejando jirones de ropa y de cuerpo en el empedrado de la calle. Muchos se incorporaban a la marcha, que en menos de seis cuadras había alcanzado el tamaño y la fuerza expansiva de un estallido de guerra. Al cuerpo macerado sólo le quedaban el calzoncillo y un zapato.

La plaza de Bolívar, acabada de remodelar, no tenía la majestad de otros viernes históricos, con los árboles desangelados y las estatuas rudimentarias de la nueva estética oficial. En el Capitolio Nacional, donde se había instalado diez días antes la Conferencia Panamericana, los delegados se habían ido a almorzar. Así que la turba siguió de largo hasta el Palacio Presidencial, también desguarnecido. Allí dejaron lo que quedaba del cadáver sin más ropas que las piltrafas del calzoncillo, el zapato izquier-

do y dos corbatas inexplicables anudadas en la garganta. Minutos más tarde llegaron a almorzar el presidente de la República Mariano Ospina Pérez y su esposa, después de inaugurar una exposición pecuaria en la población de Engativá. Hasta ese momento ignoraban la noticia del asesinato porque llevaban apagado el radio del automóvil presidencial (pp. 330-337).

Este periodo del 46 al 58 está en medio de unos ciclos –que empezaré a explicar en el párrafo que sigue–, con los cuales, además, se puede deducir que el año 1946 no es propiamente el año partero, y que ha sido entendido así de manera medianamente correcta por las morfologías dementes de muerte y enfrentamiento. Pero, como ya he sugerido antes, la sucesión de guerras civiles hasta entrada ya la década del 30 en el siglo XX, con mayor afectación en las zonas rurales y la explosión de un ambiente de muerte en las ciudades, ha impreso en la psicología humana la hegemonía de la idea de que se es de un color o de otro, de un bando o de otro, con la que se instaura la forma de vivir clásica de los totalitarismos, que es la exclusión política y socioeconómica, en la que si se manifiesta otra perspectiva –en el caso nuestro, una tercera o cuarta o quinta forma de pensar y ver la vida pública– se es eliminado, con lo que, a la sazón, los hombres fueron siendo educados en la escuela de nadie, bajo la tesis de que al contrincante hay que eliminarlo.

Saltando ya al periodo del Frente Nacional, a la suma de guerras entre ambos partidos, se adiciona la de la izquierda contra un *status quo* que ha mutado a la formación de autodefensas, guerrillas y grupos paramilitares, más los bandos que forman algunos sectores inclinados o politizados de la fuerza pública. Volviendo a los treinta, es en ellos cuando empiezan a conformarse, para efectos de

una descripción morfológica, grupos armados de civiles, *los asesinos a sueldo* de los conservadores y los liberales.

Debe recordarse que, con la elección del liberal Enrique Olaya Herrera como presidente en 1930, los civiles adheridos a su colectividad y líderes de la misma, dieron rienda suelta a un resentimiento largamente reprimido en contra de la oposición conservadora. Esta, la de los treinta, y las dos décadas siguientes, se caracterizan en este radio de conflicto porque de los conservadores surgieron la “policía chulavita” y “los pájaros”, que eran células de civiles alentados por el conservadurismo para infundir terror y muerte a los liberales, y de estos, a su vez, por ejemplo, *las guerrillas del Llano*, que pretendían hacer una revolución a nombre del partido liberal, o también denominadas “guerrillas de paz”, que del lado del ejército y la policía hacían de pacificadores en el Llano.

Se pueden identificar, entonces, a nuestros ojos, los siguientes asomos del infierno, los ciclos que advertí en el párrafo anterior: el enfrentamiento bipartidista que va desde su conformación a mediados del siglo XIX hasta el cambio de poder con la república liberal, sucesiva a la hegemonía conservadora. Este es el primer periplo del mal por nuestra tierra. El segundo de sus viajes es el lapso bien conocido y ya varias veces mencionado de 1946 a 1958, que se produce por un nuevo cambio en el poder y el asesinato de Gaitán –homicidio que años después se repite por parte de los agentes del mal, sea la guerrilla, el paramilitarismo, el narcotráfico, el *jugador oculto* detrás del sicariato, como ejercicio de “homicidio político” en las personas de Luis Carlos Galán Sarmiento en 1989, Carlos Pizarro en 1990, a 1993<sup>2</sup> el Exterminio de la

2 En este periodo, “La sensación pública era que la crisis institucional había tocado fondo. El asesinato, en menos de un año, de los candidatos presidenciales Bernardo Jaramillo, Carlos Pizarro y Luis Carlos Galán; el Movimiento de la Séptima Papeleta y las solicitudes de la guerrilla con miras a generar un proceso constituyente que orquestara los cambios requeridos por el país, permitieron que saliera avante la idea de promover un nuevo pacto político

Unión Patriótica, en el asesinato de más de 3000 de sus militantes, entre ellos 2 candidatos presidenciales, 7 congresistas, 13 diputados, 11 alcaldes, 69 concejales.

Más tarde, por otro lado, el homicidio de Jaime Garzón en 1999, del arzobispo de Cali Isaías Duarte Cancino, en 2002, del gobernador de Antioquia Guillermo Gaviria Correa y su asesor de paz Gilberto Echeverri, en 2003, etc. Solo estoy mencionando algu-

nos. Pongo entre comillas “homicidio político” porque por *Política* debería entenderse, en su sentido plenario, el buen gobierno, el ejercicio ético del poder y la libertad<sup>3</sup>.

Luego se da el tercer paseo del mal, en el que –siguiendo la metáfora que estoy usando– este decide no hacer más turismo sino asilarse en nuestra tierra, que es el de la violencia guerrillera, desde el Frente Nacional hasta el presente, en el que las guerrillas comunistas

constitucional. Esta iniciativa comenzó a concretarse en las elecciones parlamentarias de marzo de 1990, cuando se contabilizaron los votos favorables para solicitar una consulta popular que convocara a una Asamblea Constituyente. Luego sobrevino el aval de la Corte Suprema de Justicia y finalmente la consulta popular en las elecciones de mayo de 1990, en la que más del 95% de los electores aprobaron la iniciativa. Como corolario del proceso se convocó a elegir constituyentes el 9 de diciembre de 1990.

La iniciativa constituyente había triunfado en medio del recrudecimiento del conflicto, atizado sobre todo por la actividad del narcotráfico y el paramilitarismo. El proceso de paz pudo así obtener frutos: el presidente Barco logró la desmovilización del M-19 en marzo de 1990. En el siguiente Gobierno, el presidente César Gaviria (1990-1994) continuó con el proceso de paz iniciado con otros grupos insurgentes y, para la primera mitad de 1991, logró pactos con la mayor parte del Ejército Popular de Liberación –EPL, el Movimiento Armado Quintín Lame y el Partido Revolucionario de los Trabajadores –PRT. Los acuerdos se hicieron sobre la posibilidad de reformular las instituciones democráticas y contando con la perspectiva de una efectiva participación en la Asamblea Nacional Constituyente [...] La Constitución de 1991, enmarcada en una filosofía liberal, introdujo definiciones en boga (como la del ‘Estado Social y Democrático de Derecho’); consagró una orientación pluralista y multicultural; realzó el significado de los Derechos Humanos, estableciendo nuevas definiciones de derechos e instrumentos de protección para los ciudadanos y minorías; amplió las posibilidades de participación política al garantizar la financiación de las campañas y el acceso a los medios de comunicación; instituyó varias figuras de participación democrática (el referendo, la consulta popular, los cabildos abiertos, etc.), e implantó la reforma a la justicia y la acción judicial de tutela, entre otros. Sin embargo, a pesar de los indiscutibles avances en lo político y lo institucional, con el correr del tiempo se evidenciaría que las reformas quedaron a medio camino porque no hubo una transformación de las instituciones económicas que deberían haber llevado a la reducción de los niveles de pobreza y de desigualdad social” [la cursiva se la pone el suscrito autor de este trabajo] (Grupo de Memoria Histórica, 2013b, pp. 135-136, 138).

3 Nótese cómo en “[...] los términos en los que [Hannah] Arendt (1996) propone la política, es falso llamar a la organización de Hitler un partido político [vale poner, al orden establecido en Colombia también], no por la acepción ‘partido’ sino por la referencia a lo político. El concepto más general de política que uno encuentra en el común de las personas denota las nociones de medios y fines y es común también encontrarse con ciudadanos que atribuyen a la política la noción de violencia, junto a la de dominación; el poder es entendido (mal entendido) como una relación neta de mando y obediencia. Por el contrario, Hannah Arendt comprende que en la política es esencial el consentimiento común, que es muy ajeno al ejercicio de la violencia; de hecho, mientras más violencia menos poder. Esas concepciones peyorativas de la política son prejuiciosas, pero corresponden a que el ejercicio de poder ha estado desvirtuado en el mundo o su sentido ha sido mal interpretado. Estos prejuicios o malas interpretaciones llevan a pensar que la política será la causa del fin de la humanidad, y se tiene además la idea de que a la humanidad le es necesario ser razonable y eliminar la política antes que a sí misma [...] Es común que se asocie la libertad como fin mismo de la política, o que la libertad finaliza donde empieza la política. Arendt (1996), refiriéndose a los griegos, argumenta que la polis es un ejemplo de que libertad y política no son categorías irreconciliables, puesto que es la libertad la que hizo de la polis una forma de comunidad distinta a cualquier otra. La política es un fin, no un medio y la libertad su sentido; sin el otro no hay libertad, sin el espacio público los ciudadanos no tendrían un espacio para aparecer ante el otro y existir. La libertad le permite al hombre iniciar, llevar a cabo la acción. Para ser libre hay que arriesgarse, abandonar el hogar, salir del espacio privado y arrojarse al espacio público donde todo es impredecible. El espacio público es la plataforma donde la libertad aparece. El hombre es libre en la medida en la que actúa. Vivir sin ser libre es igual a decir que se vive en un estadio prepolítico, en el que la conciencia del ‘nosotros’ es nula. La libertad es ponerse en escena, y el sentido de la política consiste en garantizar ese hecho” (López, 2013, pp. 145-146).

desaparecen y aparecen más bien grupos de autodefensas, más el entrecruzamiento en grandes “capos” de la economía narcotraficante que ha impreso en la candidez de muchas mentes la idea de una supuesta facilidad en la consecución del dinero y ha ofuscado, o mejor, borrado, en las mismas inteligencias, la conciencia de trabajo, de búsqueda de metas humanas, de objetivos para la vida, de dedicación prolongada a unos fines de carácter personal y familiar; y con los actuales productos televisivos de RCN y Caracol, en los que se adora y dobla rodilla a la economía narcotraficante. Progresivamente a los jóvenes, por ejemplo, se los convence con modelos de vida ilusorios, patéticos.

Desde el punto de vista del conflicto armado, no de violencia generalizada, que es lo que intento trazar aquí, de la cual el primero es una parte, los investigadores del Centro Nacional de Memoria Histórica elaboraron, con una genialidad sin precedentes, el informe ¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad (Grupo de Memoria Histórica, 2013a), donde explican –con lo cual me encuentro plenamente de acuerdo– que este último espacio mencionado arriba, el tercero de los ciclos que identifico, tiene las siguientes divisiones en períodos:

En reconocimiento del carácter cambiante del conflicto armado, de sus protagonistas y de sus contextos, el GMH identifica cuatro períodos en su evolución. El primer periodo (1958-1982) marca la transición de la violencia bipartidista a la subversiva, caracterizada por la proliferación de las guerrillas que contrasta con el auge de la movilización social y la marginalidad del conflicto armado. El segundo periodo (1982-1996) se distingue por la proyección política, expansión territorial y crecimiento militar de las guerrillas, el surgimiento de los grupos paramilitares, la crisis y el colapso parcial del Estado, la irrupción y propagación del narcotráfico, el auge y declive de la Guerra Fría junto con el posicionamiento del narcotráfico en la agenda global, la nueva Constitución Política de 1991, y los procesos de paz y las reformas democráticas con resultados parciales y ambiguos. El tercer periodo (1996-2005) marca el umbral de recrudecimiento del conflicto

armado. Se distingue por las expansiones simultáneas de las guerrillas y de los grupos paramilitares, la crisis y la recomposición del Estado en medio del conflicto armado y la radicalización política de la opinión pública hacia una solución militar del conflicto armado. La lucha contra el narcotráfico y su imbricación con la lucha contra el terrorismo renuevan las presiones internacionales que alimentan el conflicto armado, aunado a la expansión del narcotráfico y los cambios en su organización. El cuarto periodo (2005-2012) marca el reacomodo del conflicto armado. Se distingue por una ofensiva militar del Estado que alcanzó su máximo grado de eficiencia en la acción contrainsurgente, debilitando pero no doblegando la guerrilla, que incluso se reacomodó militarmente. Paralelamente se produce el fracaso de la negociación política con los grupos paramilitares, lo cual deriva en un rearme que viene acompañado de un violento reacomodo interno entre estructuras altamente fragmentadas, volátiles y cambiantes, fuertemente permeadas por el narcotráfico, más pragmáticas en su accionar criminal y más desafiantes frente al Estado (p. 111).

Lo que significa que el tercer ciclo del estado de conflicto permanente y general, el *bellum omnium contra omnes* del que habló Hobbes, en el caso colombiano, es un conjunto de períodos, y no solamente un periodo.

La violencia ha sido tanto institucional como parainstitucional, como lo muestran las campañas de control político que buscaron, como lo hace cualquier sistema totalitario, homogeneizar psicológicamente a los hombres. Las “cuadrillas” o grupos de uno u otro partido, avalados por jefes políticos locales, por departamentos o nacionales, aniquilan o “limpiaban” cualquier emergencia de otra forma de pensar. El Viejo Caldas, Valle del Cauca, Tolima, Boyacá y los Santanderes, son ejemplos de lo dicho, a lo que hay que agregar la transformación de la propiedad privada en lo que se refiere a la práctica de la amenaza, la expulsión o la muerte de un propietario a manos de uno que quiere apropiarse.

Como la muerte visitaba indiscriminadamente a pobres y ricos, a desposeídos y avaros

después del *bogotazo* con mayor intensidad, cualquiera fuera la clase a la que se perteneciera, se hizo imposible la vida, y como los mecanismos estatales respondían por turnos a uno u otro lado, la gente recurrió, además de los que hacían parte de grupos o cuadrigillas, a la lucha armada como forma de resistir la *mala política*. De esta se originan las guerrillas, es decir, que el homicidio partidista mutó a homicidio ideológico, y de este a homicidio supuestamente justificado por una revolución que nunca existió.

Lo anterior se ve ejemplificado en que la guerrilla liberal, enfrentada al gobierno de Laureano Gómez<sup>4</sup> y Roberto Urdaneta Arbeláez, se fue estableciendo en geografías

con una hipotética señal de éxito, como Suárez y el sur del Tolima, en donde todavía estaba fresco el conflicto agrario y había cierta politización de los campesinos, ya sea por el lado del socialismo, el comunismo, o incluso por la UNIR de Gaitán, más aquellas regiones donde la colonización no estaba terminada, como el Magdalena Medio, los Llanos Orientales o el Sureste Antioqueño. Además de que tales zonas, por tener una fuerte base agraria, a su vez se constituyan en fuente de bienes y servicios demandados por los grupos armados.

La guerra posterior al *bogotazo* (Tirado Mejía, 1989) fue una en la que participaron campesinos adheridos a partidos, más los que

<sup>4</sup> En su viaje de 1943 por Colombia, invitado por Alfonso López Pumarejo, entonces presidente de la República, Pablo Neruda tuvo un interesante combate escrito con Laureano Gómez; después, cuando fuera presidente, resentido, le negó la visa al poeta chileno para otra estancia. Laureano Gómez lo llamó “burlón consumado”, “bromista”. El oligarca bogotano vio en la visita del escritor una amenaza en tanto que la poesía de Neruda tenía vuelos de arma política, y Laureano era de los más fuertes opositores al liberalismo, como *buen conservador* de la época defendía el franquismo español, poseía la típica disciplina de su partido en la que refugia un cristianismo malamente comprendido, aunado a una institucionalidad eclesial que es una burla a lo fundado por Jesús de Nazaret, además de un odio patente por cualquier tipo de vanguardia. En el diario *El Siglo* es donde el político se va en contra suya, del cual era director y tenía como fin la oposición al liberalismo. Neruda le responde con “En la soberbia, la espina: Tres sonetos punitivos para Laureano Gómez”, publicados originalmente en el diario *El Tiempo* de Bogotá, en octubre de 1943, que dicen así:

“1.  
Adiós Laureano nunca laureado,  
Sátrapa triste y rey advenedizo.  
Adiós, emperador de cuarto piso  
antes de tiempo y sin cesar pagado.  
Administras las tumbas del pasado,  
y, hechizado, aprovechas el hechizo  
en el agusanado paraíso  
donde llega el soberbio derrotado.  
Allí eres dios sin luz ni primavera.  
Allí eres capitán de gusanera,  
y en la terrible noche del arcano  
el cetro de violencia que te espera  
caerá podrido como polvo y cera  
bajo la jerarquía del gusano.”

“2.  
Caballero del látigo mezquino,  
excomulgado por el ser humano,  
iracunda piltrafa del camino,  
oh pequeño anticristo anticristiano.  
Como tú, con el látigo en la mano,  
tiembla en España Franco el asesino,  
y en Alemania tu sangriento hermano”

lee sobre la nieve su destino.  
Es tarde para ti, triste Laureano.  
Quedarás como cola de tirano  
en el museo de lo que no existe.  
En tu pequeño parque de veneno  
con tu pistola que dispara cieno.  
Te vas antes de ser. ¡Tarde viniste!

“3.  
Donde esté la canción y el pensamiento,  
donde bailen o canten los poetas.  
Donde la lira diga su lamento,  
no te metas, Laureano, no te metas.  
Las críticas que aúllas en el viento,  
la estricnina que llena tus maletas,  
te las devolverán con escarmiento.  
No te metas, Laureano, no te metas.  
No toques con tus pies la geografía  
de la verdad o de la poesía,  
no está en lo verdadero tu terreno.  
Vuelve al látigo, vuelve a la amargura,  
vuelve a tu rencorosa sepultura.  
¡Que no nos abandone tu veneno!” (Schidlowsky, 2008, pp. 582-583).

ya venían defendiéndose de terratenientes exiliadores, más algunos líderes de media- na popularidad que habían tenido un papel revolucionario en el 9 de Abril, sea porque en ese momento eran alcaldes, miembros de juntas, de milicias, además de policías desertores o destituidos. También algunos combatientes que se habían ganado cierto respeto por su desempeño en el combate,

por emigrantes, por arrieros y, eventualmente, aun- que en mínima parte, por trabajadores de obras públicas y obreros con alguna experiencia sindical urbana. En suma, por cuadros representativos de una Colombia distinta a la del siglo XIX en la cual la guerra tendía inevitablemente a hacerse popular (Tirado Mejía, 1989, p. 142).

El rango de orden alcanzando, o mejor, de organización guerrillera, atisba –con excepción de las guerrillas del Tolima, que no mostraban señales de unidad– en que las del Llano, además de crecer en número, llegaron a refutar la dirección del parti- do liberal y a proclamarse como autónomas con relación a dicho conjunto. En abril de 1952 se realizó el VII Congreso del Partido Comunista, que sería la gestación, en agosto del mismo año, de la reunión de Viotá, Cundinamarca, conocida como “La Conferencia de Boyacá”, llevada a cabo en realidad en una vereda llamada Brasil, circunvecina a dicho municipio. A esta reunión se le conoce como “La Primera Conferencia Nacional del Movimiento Popular de Liberación Nacio- nal”, en la que participan figuras de varios grupos armados y en la que se hace común a tales conjuntos la independencia política, teniendo en cuenta que de los del Llano no hubo participación.

Los fenómenos de mayor subrayado pue- den ser que se nombró una comisión coor- dinadora, cuya tarea era darle fuerza a los acuerdos, la obediencia a leyes de organi- zación grupal y una cierta emotividad por un Estado hipotéticamente reclamado. Estos elementos dan cuenta de una ilusión revo-

lucionaria, que, como se sabe, terminó con- virtiéndose con el tiempo en cenizas. Por el lado de las guerrillas del Llano (Oquist, 1978 [todo el capítulo V]; también en Sánchez & Meertens, 1983), en septiembre del año en memoria, se organizan la aplicación de jus- ticia, las funciones de miembros y militantes, como por ejemplo aquellos a los que se les dio el poder de comisarios de orden públ- ico, la fijación de lo que eran delitos contra la revolución, se promulgan las garantías indi- viduales, el trabajo comunitario, imposición de límites y condiciones de uso de la tierra, se determinan territorios destinados al soste- nimiento del ejército revolucionario, se reg- glamenta el desarrollo de la ganadería y los hatos. Lo que muestra también organización al interior del grupo de los Llanos.

Digo “ilusión revolucionaria” en tanto que dónde están ahora, o mejor, dónde han esta- do los propósitos de transformación en gru- pos que han matado y torturado a inocentes, e incluso torturado al contrincante, también entre enemigos puede mostrarse mucho res- peto. Lo “romántico” revolucionario puede convertirse –como en efecto ha pasado– en irracionalidad. A lo que me refiero es a que, por ejemplo, en el primer semestre de 1953, en las guerrillas del Llano, se dieron importantes asunciones de conciencia en la lucha, en tanto que al amparo de las ideas de José Alvear Restrepo, con la redacción de “La segunda Ley del Llano” o “Ley que organiza la revolución en los Llanos Orien- tales de Colombia”, se había concebido que –documento que estaba compuesto por 224 artículos– la revolución era un movimiento popular de liberación motivado por la con- quista e instauración de un gobierno demo- crático-popular.

Esta idea se la encuentra, con sus más y sus menos, en todos los grupos guerrilleros. Pero no se entiende cómo es que dicha solu- ción popular consista en reclutar niños para la guerra, en ultrajar sexualmente seleccio-

nes de niñas en veredas y corregimientos, en asesinar hombres que fueron obligados a asistir paramilitares, porque a su vez estos amenazaban con la muerte a quienes no los ayudaran.

La estampida de estas *visitas del mal*, estos asomos y permanencias infernales, tiene su semilla histórica en la mala relación que se ha elaborado entre economía y política. El modelo ideario de justificación de la violencia, sobre todo en lo que respecta al siglo XX, de modo concreto en los grupos de guerrillas, ha estado fundado en el enfrentamiento a la oligarquía por su resistencia a los cambios que se necesitan para hacer una sociedad más justa.

Esta es la tesis de Posada (1966), en su texto de 1966, *Colombia: violencia y subdesarrollo*, en el que a la par, como el título lo sugiere, se expone que el alud de muerte que nos ha caído encima se identifica con la consolidación del subdesarrollo. Arrubla (1984) también dice en este orden –como Zuleta y Kalmanovitz (2010)– que el hervor de crueldad y homicidio propagados en el campo, es de un modo el precio que debió pagar, o que obligó a pagar, a campesinos y pobres el desarrollo capitalista concentrado en grandes terratenientes y ricos.

A esto se le suma, como agravante contra la población civil y al encarnizamiento con las líneas guerrilleras, que han habido instancias de las Fuerzas Armadas que, encima del desarrollo del enfrentamiento contrainsurgente, han agregado a las tipologías de guerra la del enfrentamiento animado psicológicamente en contra del comunismo, al punto de convertir el anticomunismo en valor espiritual del uniforme. Esto se debe a que la colaboración con Estados Unidos de militares colombianos durante la Guerra de Corea, a inicios de la década del 50, resultó en que el ejército alcanzó a ser permeado por la disputa subterránea de la Guerra Fría,

inclinándose por el postulado del bloque que Estados Unidos comandaba, también porque, en efecto, las FARC y el EPL han aducido vinculación con el Partido Comunista Colombiano y con el partido Comunista Marxista-Leninista, con este último de modo concreto el EPL.

Y porque, con relación “a América Latina, la política norteamericana se basaba en el apoyo a los militares y a sus regímenes, como elemento de lucha contra el comunismo, en crear un espacio propicio para las inversiones en un cuadro de comercio desigual y en lograr los votos de la región en las Naciones Unidas” (Tirado Mejía, 2014, p. 61).

¿La composición social de las guerrillas es un fenómeno que ayuda a entender su origen? Si se saca de la ecuación el hecho de las varias imposiciones a la sociedad civil a pertenecer a sus filas, sí lo es. La presencia mayoritaria en sus orígenes es urbana, pero dicha estructura fue mutando hacia la población rural. Incluso hoy día las FARC siguen teniendo cooperación urbana, más bien lo que es justo decir es que la composición de dicho grupo es mixta, pero el inicio de sus apariciones, tanto las de las FARC como las del ELN –que por ejemplo surge de un grupo de universitarios– tiene su semilla en la ciudad.

De igual forma la constitución del EPL proviene de actividades comunistas en la ciudad previas a, y durante esos años, si bien sus primeros frentes armados, que son de 1967 a 1968, estuvieron ubicados en el Urabá y Bajo Cauca, noroccidente y nororiente de Antioquia respectivamente. También el M-19, recuérdese, tiene su florecimiento con ocasión del reclamo por un fraude electoral en las presidenciales del 19 de abril de 1970, que dieron como ganador a Misael Pastrana Borrero, empezando como rebeldía política para transformarse en movimiento armado del campo a partir de los años ochenta.

Las densidades de estos grupos son mixtas, también en buena medida porque en la violencia de mediados del siglo pasado la resistencia en contra de las fuerzas de orden público politizadas, o que obedecían órdenes en el marco del Vs entre liberales y conservadores, tomó rasgos de combate campesino. El bandidismo político, los grupos de autodefensa y toda clase de asociación armada *devinieron* en experiencia para el periodo siguiente.

En una serie de proposiciones descriptivas, así puede narrarse la génesis de las *ideologías de la metralleta*: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Unión Camilista-Ejército de Liberación Nacional (UC-ELN) y Ejército Popular de Liberación (EPL), tuvieron su estreno en la década de los años sesenta. Su útero gestor son las guerrillas liberales reaccionarias a la persecución de gobiernos del partido conservador –ambos también pertenecen al grupo de ideologías que subrayé arriba. Se incluye dentro de esa gestación el ya antes mencionado homicidio de Gaitán, porque con él se desató, como se sabe, una revuelta popular.

Luego del periodo del General Gustavo Rojas Pinilla, de 1953 a 1957, los partidos liberal y conservador pactaron el conocido Frente Nacional, que inició un año después y en el que ambos partidos, como lo sugerí antes, además de la alternancia en el poder, recuperaron otras fuerzas políticas en la contienda democrática. En 1964 las FARC se originan bajo la consigna de autodefensa, frente a la persecución desatada contra las formas de organización campesina, lideradas entonces por el partido comunista. Un año después el ELN, en el departamento de Santander, se erigió como radicalización de algunas de las ideas y de algunas facciones del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), que había sido liderado por Alfonso López Michelsen desde 1959, como contra fuerza a la prácti-

ca del Frente Nacional. Tres años después, en 1968 el EPL.

La década de los 60, por otro lado, inició con un hecho muy importante: Fidel Castro entra rebosante de victoria a la Habana en 1959, como cita Tirado Mejía (2014) del libro de Thomas Hugh, *Historia contemporánea de Cuba; de Batista a nuestros días*. Los rebeldes tenían una semblanza juvenil, su líder tenía treinta y dos años y muchos estaban entre esta edad como máximo y los veinte o menos como mínimo. Eran una generación sin la mancha de fracasos políticos anteriores. Sumada a su victoria sobre una dictadura, tenían el valor de enfrentarse a los Estados Unidos, que venía de una larga tradición de intervencionismo en América Latina, de la que, por poner un primer caso, Galeano (2004) escribió que:

A mediados del siglo pasado [se refiere al XIX], el filibustero William Walker, que operaba en nombre de los banqueros Morgan y Garrison, invadió Centroamérica al frente de una banda de asesinos que se llamaban a sí mismos “la falange americana de los inmortales”. Con el respaldo oficioso del gobierno de los Estados Unidos, Walker robó, mató, incendió y se proclamó presidente, en expediciones sucesivas, de Nicaragua, El Salvador y Honduras. Reimplantó la esclavitud en los territorios que sufrieron su devastadora ocupación, continuando, así, la obra filantrópica de su país en los estados que habían sido usurpados, poco antes, a México. A su regreso fue recibido en los Estados Unidos como un héroe nacional. Desde entonces se sucedieron las invasiones, las intervenciones, los bombardeos, los empréstitos obligatorios y los tratados firmados al pie del cañón. En 1912, el presidente William H. Taft afirmaba: “No está lejano el día en que tres banderas de barras y estrellas señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro, de hecho, como, en virtud de nuestra superioridad racial, ya es nuestro moralmente”. Taft decía que el recto camino de la justicia en la política externa de los Estados Unidos “no excluye en modo alguno una activa intervención para asegurar a nuestras mercancías y a nuestros capitalistas facilidades para las inversiones beneficiosas” (p. 142).

Y el mismo Tirado Mejía (2014), para poner un segundo caso, nos dice que entre los años 1961 a 1975, dicho país entrenó a más de 70.000 militares latinoamericanos, ocho de los cuales serían dictadores, junto con el envío de 2.500 millones de dólares en armas, bajo la lógica de la Alianza para el Progreso que salió de la oficina de Kennedy el 13 de marzo de 1961, la cual estaba orientada al desarrollo social, a la cooperación económica y a darle más fuerza a la democracia, pero que tenía a su vez implícita una política de contrainsurgencia norteamericana, y vino a fortificar, tal Alianza, la política de los empréstitos iniciada ya desde la década de los años 20, reforzada en 1948 hasta 1972, periodo en el que Colombia, en 51 préstamos, se endeudó en 948.88 millones de dólares.

En un escenario de concesiones hechas por América Latina al capital extranjero –del que apenas alcanzo a poner unos hechos–, y no de concesiones concebidas por los Estados Unidos al capital de otros países, porque “nosotros no damos concesiones”, también, como cita Galeano (2004) del presidente norteamericano Woodrow Wilson, la juventud de la época de los años sesenta mitificó y “romantizó” el experimento cubano como una revolución autónoma y la lucha armada como verdadero camino hacia el poder, y se produjo que incluso se ensalzara la figura de Ernesto “el Che” Guevara. El tema cubano vino a determinar las relaciones internacionales, tanto, que en torno suyo se organizó en gran medida la agenda de trabajo de la OEA. La Alianza para el Progreso dejó en el papel mucho de la modernización, la cooperación económica y el intercambio cultural, porque su intención interna estaba más orientada, como lo dije arriba, hacia la contrainsurgencia.

En 1961, Alberto Lleras Camargo venía desarrollando reformas que se ajustaban a las demandas de la Alianza en tema, como

la puesta en marcha de la reforma agraria y su marco legal en la Ley 135 de 1961, el Instituto de Reforma Agraria, la Acción Comunal como medio de participación ciudadana, un Plan General de Desarrollo Socio-Económico, la construcción de 131.313 viviendas de interés social entre ese año y 1963, hechos que condujeron a que el ministro Jorge Mejía Palacio declarara que “...somos el país latinoamericano que ha cumplido todos los requerimientos establecidos por la Alianza para el Progreso como condición para beneficiarse de ella” (Tirado Mejía, 2014, p. 84).

La ya clásica discontinuidad de las políticas por parte de los gobiernos en Colombia esta patentizada en que dicho ímpetu se frenara

durante el gobierno siguiente en cabeza de Guillermo León Valencia (1962-1966), debido al ataque de fuerzas internas reacias al cambio, especialmente en el sector agrario, a la debilidad política del gobierno y muy especialmente a la formación y actitud del presidente poco dado a interesarse por los problemas económicos, los cuales fueron determinantes durante su mandato (Tirado Mejía, 2014, p. 84).

He aquí otro ejemplo de *mala política*.

Desde sus inicios, la Alianza no tuvo en nuestro país una esencia antiguerrillera, en tanto que las FARC aparecieron después en 1964, pero de la que cabe recordar, como lo he expuesto con anterioridad, su concepción es de vieja data. Luego, el 7 de enero de 1965, irrumpiría el ELN con una acción armada en Santander; en 1968 el EPL, de orientación pro-China, y en 1970 el M-19 o Movimiento Diecinueve de Abril, que se había profesado como nacionalista, bolivariano y había recibido apoyo desde Cuba. A la justificación ideológica de las guerrillas se sumaba como verificación lo más reciente en su época, y es que durante la presidencia de León Valencia el país cayó en una balanza comercial muy endeble, en gran medida por la precaria de la variedad de bienes exportados, en tanto que los años dorados de

la economía cafetera en ese contexto habían hecho especular la política hacia el monocultivo, y se encontraba ya a esa altura de tiempo en la que estamos, institucionalizado con la fundación, en 1924, de la Federación Nacional de Cafeteros.

Nótese cómo, entre 1965 y 1970, el producto representaba el 55% del valor total de exportaciones, y hacia finales de los ochentas, cerca de 600 municipios eran cafeteros. El desbalance de la canasta exportadora en esa época del presidente León Valencia, llevó a una dramática devaluación, fenómenos con los que –como escribí un párrafo atrás– se entró en deudas, de las que, como de manera correcta dice Taffet (citado por Tirado Mejía, 2014), el presidente norteamericano Lyndon B. Johnson en 1964 dijo: "... parecía que vamos a verter todo nuestro dinero", pero al mismo tiempo "...propuso que los Estados Unidos sostuvieran a Valencia" (p. 85).

Nieto Arteta (1969) ha explicado que el café logró lo que no se consiguió en anteriores ciclos económicos con las minas y el tabaco, el añil y la quina, que es, en palabras de Galeano (2004), "dar nacimiento a un orden maduro y progresista" (pp. 135-136). No es una obviedad que la industria textil y otras de tipo livianas tengan su génesis en las regiones productoras del grano, como Antioquia, Caldas, Valle del Cauca y Cundinamarca. Lo que debió ser –si mal no interpreto la paradoja expuesta por al autor de *Las venas abiertas de América Latina*, en razón de su comentario a Nieto Arteta– la consecución de una normalidad en el funcionamiento de la vida política, gracias a una peculiar estabilidad económica, se convirtió en el ahondamiento de una violencia de revueltas y represiones sangrientas previas y durante la industrialización.

En una extensión que Galeano (2004) pone entre 1948 y 1957, y no entre 1946 y 1958,

como lo hice desde el comienzo de este trabajo, dice el uruguayo que la guerra de esencia campesina se extendió a los latifundios y minifundios, los desiertos y los sembrados, los valles y las selvas, los páramos de sus cordilleras, empujando al abandono de sus tierras a comunidades enteras, generando grupos de guerrillas y colectivos de criminales, convirtiendo

al país entero en un cementerio: se estima que dejó un saldo de ciento ochenta mil muertos. El baño de sangre coincidió con un período de euforia económica para la clase dominante: ¿es lícito confundir la prosperidad de una clase con el bienestar de un país? (p. 136).

Comenta y se interroga el autor citando a Guzmán Campos, Fals Borda y Umaña Luna (2005), en su trabajo *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*.

### Fenómenos económicos y políticos se entrecruzan como causas sociales del conflicto

En el mismo espacio de comprensión que se mencionó arriba –finales del siglo XIX y principios del XX–, Tirado Mejía (2008) escribió, en su *Introducción a la historia económica de Colombia*, que desde el momento en el que el café tomó su puesto como producto de exportación por antonomasia, la balanza comercial colombiana fue casi siempre favorable, pues si se atiende al tiempo que va desde 1875 a 1930, se ve que dicha balanza da como resultado un *superávit*. Pero este hecho, como también lo explica el autor, "implicó una fuerte acumulación en el sector de los comerciantes exportadores" (Tirado Mejía, 2008, p.). Entre 1920 y 1940 se ven un conjunto de elementos que ampliaron el desarrollo industrial y que, por otro lado, fueron la causa de grandes problemas. Enumero y describo:

- A. A 1928, el país había recibido 198 millones dólares de fuentes externas con

motivo de los 25 millones de la indemnización<sup>5</sup> recibida de parte del gobierno de Estados Unidos por el robo de Panamá, más los empréstitos, que se tradujo, este capital, en un acelerado proceso de obras públicas, y con este un incremento en la oferta de trabajo, puesto que túneles, carreteras y malla férrea también fueron elaborados “a mano”, y como el traslado

de muchos trabajadores a las zonas de trabajo era enorme, se produjo un alza en los salarios, y con este, a la par, un incremento de la población urbana con mejores ingresos.

- B. Hasta 1929, el consumo por habitante creció a una tasa de 3.4% desde 1925, y la capacidad productiva de la industria

5 “En el año de 1914, en las postrimerías del gobierno de Carlos E. Restrepo, se firmó entre Colombia y los Estados Unidos el tratado Urrutia-Thompson, por el cual se definía entre las dos partes el problema de Panamá. En él se estipulaba una indemnización pecuniaria por parte de los Estados Unidos y que éstos reconocerían su ‘sincero pesar’ por los acontecimientos. En contraprestación, Colombia daba el asunto por concluido. El parlamento colombiano ratificó inmediatamente el tratado. No sucedió lo mismo en el de Estados Unidos en el cual era influyente aún el círculo de Teodoro Roosevelt y para el cual la cláusula del ‘sincero pesar’ era una afrenta al pueblo norteamericano. Mientras tanto se habían descubierto en Colombia ricos yacimientos de petróleo y los círculos gobernantes norteamericanos se percataron de que con un poco de presión, y ante la avidez de la oligarquía colombiana por recibir la indemnización, podían presionar con éxito en su favor, la modificación de la legislación petrolera colombiana. Marco Fidel Suárez, quien gobernó al país entre 1918 y 1921, era un político conservador ultramontano dedicado a la gramática. Durante su gobierno se dictó una legislación petrolera en un todo favorable a los intereses norteamericanos. Con ello el presidente gramático no hacía más que desarrollar la teoría expuesta en sus escritos, de una estrecha colaboración con los Estados Unidos expresada en el lema ‘hay que mirar al norte’, hacia ‘la estrella polar’. En el año de 1921 el Presidente Harding presentó al Congreso norteamericano el tratado de 1914 y éste lo aprobó fijando una indemnización de US\$25.000.000 pero exigiendo que la cláusula del ‘sincero pesar’ fuera abolida. El presidente Suárez presentó al Congreso colombiano las modificaciones al tratado para que éste las aprobara y ante la agitación producida por las nuevas circunstancias y los ataques que recibía en el parlamento, y con el fin de facilitar la aprobación del tratado, se retiró de la Presidencia. Su sucesor, el Designado Jorge Holguín, nombró como Ministro de Relaciones Exteriores al liberal Enrique Olaya Herrera quien con su habilidad parlamentaria, logró que el tratado fuera aprobado con las modificaciones propuestas por el parlamento americano. Olaya fue premiado con la legación en Washington de donde volvió al país en el año de 1930, para inaugurar, como presidente, la república liberal. Con su nombramiento y el de otros prestigiosos abogados liberales quedó consagrada la subsecuente política de gobiernos conservadores que consumaron la entrega de los petróleos colombianos con la colaboración de abogados y financieros liberales. El liberal Olaya fue quien como representante diplomático del gobierno conservador, durante la Conferencia Panamericana de La Habana en 1928, apoyó los planteamientos, en el sentido de consagrar la intervención de Norteamérica en los países latinoamericanos” (Melo, 1996, pp. 132-133). La génesis de la explotación del crudo en el país es de característica privada, una serie de concesiones dadas a personas naturales con influencia directa del gobierno, que luego, mediante negociaciones con empresas multinacionales que se asentaron en Colombia, condujeron a la explotación del mismo por parte de organizaciones extranjeras. En 1886, el escritor colombiano Jorge Isaac firma un contrato con el Estado colombiano, para explotarlo en una zona delimitada por Aracataca, la Guajira y el Golfo de Urabá, que luego fue adquirido por Pan American Investment Co. La Concesión de Mares de 1905 tiene ese nombre por Roberto de Mares quien, haciendo uso de la influencia de su padrino de matrimonio, el expresidente de Colombia Rafael Reyes, establece otro contrato con el Estado. Comprendía la zona de Barrancabermeja. Después de pasarse de los plazos de exploración escritos en el contrato, termina negociando el bloque con la Tropical Oil Company. Otro contrato fue el de la Concesión Barco, igualmente entregada por Rafael Reyes al General Virgilio Barco en 1905, quien negociaría con una subsidiaria de la Gulf Oil Company, la Compañía Colombiana de Petróleo. Además de las concesiones en las que capitales extranjeros van tomando tanta fuerza, la exploración llevó a la persecución y exterminio de los pueblos indígenas Yariguies y Barí, que fueron comunidades que se resistieron a la colonización y expansión propia de la industrialización, que venía desarrollándose incluso desde la época de la Colonia con la explotación de quina. A causa de la reversión posterior de las concesiones de las que el gobierno recibía regalías aproximadas del 11%, en 1951 se creó ECOPETROL, para hacerse cargo de los yacimientos e instalaciones en uso, y de nuevas exploraciones. Merece la pena recordar que dicha organización nace en un ambiente de huelga obrera y comunitaria frente a la mencionada reversión de la Concesión de Mares. El movimiento obrero buscaba presionar al Estado para que no se hiciera extensiva la fecha final del contrato y se creara una empresa pública colombiana que se encargara de la materia.

se amplió en más de un 50%. Sumado a esto, la Crisis Mundial del Capitalismo, con el desempleo que causó, llevó a que la gente en Estados Unidos con menos dinero y capacidad de compra contrajera la demanda de bienes importados de países de América Latina. Si bien en época de crisis las potencias exportan a las economías dependientes su propia crisis cerrando el comercio internacional a bienes o productos primarios e intentando colocar el mayor número de sus mercancías en los países dependientes de divisas, en Colombia la acumulación de capital venida desde casi 55 años atrás por la exportación de oro, tabaco y café, creó un movimiento interno que consistió en verter dichos capitales a la industria manufacturera propia cubriendo el mercado. Muy poco tiempo después, el estallido de la Segunda Guerra Mundial frenó el flujo de comercio exterior y se represó en manos de capitalistas nacionales una gran cantidad de riqueza que fue invertida entre 1945 y 1950, para reponer los equipos ya bastante usados en la producción, que se tradujo en un incremento anual de la industria de 11.5%.

C. Pero durante estas décadas de crecimiento y coyuntura internacional se venía gestando un problema social interno, que lo explico transcribiendo a Martz (1969) en su estudio sobre la política contemporánea en Colombia:

Solamente durante el mes de marzo de 1948, el índice de costo de la vida para una familia media de trabajadores se elevó en 17.3 puntos, hasta alcanzar un nivel sin precedentes de 283.8. El control era importante para reprimir la especulación e impedir la inflación de los precios. Pero los esfuerzos de los trabajadores organizados para obtener aumentos de salarios proporcionados a esos aumentos en el costo de vida perecieron en varios casos frustrados por medidas del gobierno (p. 71).

D. Dice Tirado Mejía (2008) que una pasión especulativa se había apoderado de nuestro país, los dólares se habían acumulado debido a la declinación del consumo de bienes de lujo en los cierres parciales del mercado internacional por la Crisis del 29 o por la Segunda Guerra; lo ricos colocaron su dinero en inmuebles, ellos mismos subieron los precios de los arriendos, Colombia estaba sumergida en un círculo de precios altos y salarios estáticos, esto durante la década de los años cuarenta. En la de los años veinte, los terratenientes sin ningún esfuerzo vieron cómo sus propiedades subieron vertiginosamente de precio, junto con los productos agrícolas, que, para la muestra, Torres García (1945), en su *Historia de la moneda en Colombia*, describe que el conjunto que forman la carne de res, la de cerdo, manteca, leche, huevos, tuvo un índice de precios de 100 en 1923, en 1942 de 109, en 1924 de 115, 143 en 1926, 185 en 1927 y 169 en 1928.

Por otro lado, los terratenientes intentaron descaradamente conservar las viejas formas represivas de explotación, cuando los campesinos, en búsqueda de mejores condiciones de vida, empezaron a migrar a la ciudad, exigieron salarios más altos y poder plantar café, a lo que los primeros respondieron arguyendo que el grano es un producto de demorada utilidad. Los campesinos, ante las negativas a mejores salarios y producción de café, organizaron ligas y se tomaron fincas exigiendo mejores condiciones. La represión del Estado no se hizo esperar; se puso del lado de los terratenientes, no solo conforme al poder de la amenaza y la muerte de la fuerza pública, sino con medidas económicas, permitiendo el ingreso de manos extranjeras como mano de obra para las obras públicas y el condicionamiento a los contratistas de ferrocarriles y carreteras a contratar extranjeros (Urrutia, 1969).

Estos fenómenos hicieron que la violencia, que había empezado como un enfrentamiento entre liberales y conservadores, se transformara en odio de clases y la lucha se acentuara como hecho social. Jorge Eliécer Gaitán se presentó para las oligarquías como la amenaza más grande contra su *status*; la de su propio partido en su momento, el liberal, “entre despectiva y temerosa, [lo] llamaba ‘el Lobo’ o ‘el Badulaque’” (Galeano, 2004, p. 136).

Una vez asesinado se desata el caos. Por una sola muerte, la suya, en los diez años siguientes alrededor de 300.000 personas más fueron asesinadas, y se desencadena porque las gentes de la clase pobre y la media se habían identificado, por ejemplo, en la siguiente de sus ideas, exclamada el 7 de febrero de 1948 ante una multitud de 100.000 personas: “Pedimos que termine esta persecución por parte de las autoridades... Ponga fin, señor presidente, a la violencia. Todo lo que pedimos es la garantía de la vida humana, que es lo menos que una nación puede pedir” (La cursiva es mía) (Tirado Mejía, 2008, p. 270). Hablo de odio porque qué otro término usar cuando la práctica del gobierno, a través de la policía, soldados y grupos de fanáticos armados, era cortar testículos, romper vientres de mujeres embarazadas y arrojar los niños no natos al aire para atravesarlos con bayonetas con la idea de eliminar desde la raíz “el problema”.

Como varios conflictos en la historia del hombre, esos “doctores” y “señores muy respetados”, que han conformado la cabeza de las ideologías, mientras la gente de a pie y los campesinos ponen las heridas, la sangre y la muerte en la guerra, se esconden en sus casas en el norte de Bogotá, por ejemplo, en sus fincas de recreo o se escaparon del país por miedo. Mientras los primeros se apasionaban con su odio discursivo, la gente sufría el odio en ejercicio con las tipologías aberrantes de muerte y rebeldía: con el

“corte corbata” la lengua quedaba colgando desde el cuello, a las mujeres se las violaba, hombres contra hombres incendiaban casas, propiedades o ciudades enteras, unos y otros se saqueaban, unos a otros se descuartizaban y desollaban.

No tanto por el temor a la muerte, sino por el horror de *cómo será que me van a matar*, los inocentes compraban a las bandadas de criminales partidistas el derecho a la vida con tributos de dinero y sacos de café. Estas cosas violentas aquí contadas no pueden tener el nombre de *revolución*, no lo ha sido nunca, ha sido la irracionalidad, hasta Hitler se hubiese graduado en “altos estudios del mal” con los actos llevados a cabo por tanto desprecio por la vida del otro.

Los nombres de los protagonistas de la violencia (Teniente Gorila, Malasombra, El Cónedor, Pielroja, El Vampiro, Avenegra, El Terror del Llano) no sugieren una epopeya de la revolución. Pero el acento de rebelión social se imprimía hasta en las coplas que cantaban las bandas: Yo soy campesino puro/ y no empecé la pelea/ pero si me buscan ruido/ la bailan con la más fea (Galeano, 2004, p. 137).

No pretendo justificar la guerrilla, nunca lo haré, y mucho menos justificar la práctica de la autodefensa, pero tanta rabia sembrada en el corazón de los hombres por la *mala política*, termina siendo –la rabia y el ejercicio político malamente elaborado– la madre de la *ideología de la metralleta*, que enarbolada en una supuesta revolución social ha llegado a ocupar e imponer su ley, negando toda diferencia, en zonas extensas de nuestro país. Después –tal y como ocurre ahora con los diálogos de paz en la Habana-Cuba, entre lentes, buen comer y buen vestir, y tanto tiempo sin llegar a acuerdos de reivindicación de la vida humana porque se la sigue destruyendo– líderes o comisionados de uno y otro grupo enfrentado firman el acuerdo del Frente Nacional, del que me falta a esta altura por decir, emergió la “cura” en contra de cualquier núcleo que se

presentara como opositor a esta bipolaridad del poder; tan solo en una operación militar “para abatir a los rebeldes de Marquetalia, se dispararon un millón y medio de proyectiles, se arrojaron veinte mil bombas y se movilizaron, por tierra y por aire, dieciséis mil soldados” (Galeano, 2004, p. 138)<sup>6</sup>.

## Referencias

- Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona: Península.
- \_\_\_\_\_. (1997). *¿Qué es política?* Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_. (2004). *Los orígenes del totalitarismo*. México: Taurus.
- \_\_\_\_\_. (2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Arocha, J. (1979). *La violencia en Monteverde, Quindío: Determinantes Tecnoambientales y Tecnoeconómicos de la Violencia en un Municipio Caficultor*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Castro Lee, C. (Ed.). (2005). *En torno a la violencia en Colombia: una propuesta interdisciplinaria*. Cali: Universidad del Valle.
- Galeano, E. (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- García Márquez, G. (2014). *Vivir para contarla*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial S.A.S.
- González, F. E., Bolívar, I. J. & Vásquez, T. (Eds.). (2001). *Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep.
- Grupo de Memoria Histórica. (2013a). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- \_\_\_\_\_. (2013b). *Guerrilla y Población Civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Guzmán Campos, G., Fals Borda, O. & Umaña Luna, E. (2005). *La Violencia en Colombia*. Tomos I y II. Bogotá: Taurus.
- Henderson, J. (1984). *Cuando la Violencia se desangró. Un estudio de la Violencia en Metrópoli y Provincia*. Bogotá: El Áncora.
- Jara, O. (2001). *José Saramago: “El hombre más sabio que conocí no sabía leer ni escribir”*. Recuperado de: [http://www.babab.com/no07/jose\\_saramago.htm](http://www.babab.com/no07/jose_saramago.htm).
- Kalmanovitz, S. (2010). *Nueva historia económica de Colombia*. Bogotá: Taurus.
- López, A. F. (2013). Karol Wojtyla: el surgimiento de una vocación a indagar por la verdad del hombre. *Revista Perseitas*, 1(1), 136-156.
- Martz, J. D. (1969). *Colombia, un estudio de política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Melo, J. O. (Ed.). (1996). *Colombia Hoy*. Santa Fe de Bogotá: Presidencia de la República.
- Molano, A. (1980). *Amnistía y violencia*. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular.
- Neruda, P. (2005). *Odas Elementales*. Santiago: Pehuén Editores.
- Nieto Arteta, L. E. (1941). *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá: Ediciones Librería Siglo XX.
- \_\_\_\_\_. (1969). *Ensayos sobre economía colombiana*. Medellín: Editorial Oveja Negra.
- \_\_\_\_\_. (1985). *El café en la sociedad colombiana*. Bogotá: Editorial Ancora.
- Oquist, P. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Banco Popular.
- Palacios, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1995*. Bogotá: Editorial Norma.
- Posada, F. (1966). *Colombia: violencia y subdesarrollo*. Colombia: Editorial Universidad Nacional.
- Rodríguez, N. (2008). *Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946-1953)*. Bogotá: Universidad de los Andes.

6 Y continúa la cita: “En plena violencia había un oficial que decía: ‘A mí no me traigan cuentos. Tráiganme orejas’. El sadismo de la represión y la ferocidad de la guerra ¿podrían explicarse por razones clínicas? ¿Fueron el resultado de la maldad natural de sus protagonistas? Un hombre que cortó las manos de un sacerdote, prendió fuego a su cuerpo y a su casa y luego lo despedazó y lo arrojó a un caño, gritaba, cuando ya la guerra había terminado: ‘Yo no soy culpable. Yo no soy culpable. Déjenme solo’. Había perdido la razón, pero en cierto modo la tenía: el horror de la violencia no hizo más que poner de manifiesto el horror del sistema. Porque el café no trajo consigo la felicidad y la armonía, como había profetizado Nieto Arteta. Es verdad que gracias al café se activó la navegación del Magdalena y nacieron líneas de ferrocarril y carreteras y se acumularon capitales que dieron origen a ciertas industrias, pero el orden oligárquico interno y la dependencia económica ante los centros extranjeros de poder no sólo no resultaron vulnerados por el proceso ascendente del café, sino que, por el contrario, se hicieron infinitamente más agobiantes para los colombianos. Cuando la década de la violencia llegaba a su fin, las Naciones Unidas publicaban los resultados de su encuesta sobre la nutrición en Colombia. Desde entonces la situación no ha mejorado en absoluto [se refiere al año del primer tiraje de su obra, 1971]: un 88 por ciento de los escolares de Bogotá padecía avitamínosis, un 78 por ciento sufría arriboflavínosis y más de la mitad tenía un peso por debajo de lo normal; entre los obreros, la avitamínosis castigaba al 71 por ciento y entre los campesinos del valle de Tensa, al 78 por ciento” (Galeano, 2004, p. 138).

- Sánchez, G. (1989). La Violencia: de Rojas al Frente Nacional. En Tirado Mejía, Á. (Ed.), *Nueva Historia de Colombia, 8 Vols.* Bogotá: Planeta.
- \_\_\_\_\_. (2003). *Guerra, memoria e historia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sánchez, G. & Meertens, D. (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: Áncora.
- Schidlowsky, D. (2008). *Pablo Neruda y su tiempo: las furias y las penas*. Santiago de Chile: RIL editores.
- Tirado Mejía, Á. (Ed.). (1989). *Nueva historia de Colombia, 8 Vols.* Bogotá: Planeta.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogotá: Panamericana.
- \_\_\_\_\_. (2014). *Los años sesenta. Una revolución en la cultura*. Bogotá: Debate.
- Torres García, G. (1945). *Historia de la moneda en Colombia*. Bogotá: Imprenta del Banco de la República.
- Torres Restrepo, C. (1982). *La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Urrutia, M. (1969). *Historia del sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes.
- \_\_\_\_\_. (1978). *Historia del sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Ediciones La Carreta.
- Zuleta, E. (1970). *Historia económica de Colombia*. Ibagué: Universidad del Tolima.
- \_\_\_\_\_. (1973). *La tierra en Colombia*. Bogotá: Editorial Oveja Negra.
- \_\_\_\_\_. (1976). *Conferencias sobre historia económica de Colombia*. Colombia: Ediciones Tiempo Crítico.
- \_\_\_\_\_. (1990). *Estanislao Zuleta 1935-1990*. Tunja: Grupo de Estudios Interdisciplinarios Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja.
- \_\_\_\_\_. (2005). *Colombia: Violencia, democracia y derechos humanos*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.